

CATOLICISMO DE EXTREMA DERECHA

UNA persona, por la que siento un gran afecto, me decía hace pocos días: «Desengáñese usted, hasta en Francia los obispos van a tomar medidas contra los avanzados, y se van a inclinar decididamente por los tradicionales. El Episcopado de ese país —como el de otros muchos— empieza a estar cansado de las exageraciones y excesos de los primeros; y su reacción a favor de los segundos va a ser fuerte. Los datos que se tienen, evalúan lo que digo».

Confieso ingenuamente que me quedé impresionado, porque quien me lo decía me merece gran respeto. Pero, al abrir el periódico la siguiente mañana, me encontré con lo contrario. En un diario católico se afirmaba: «El Episcopado francés contra algunas publicaciones reaccionarias, que se arrojan la defensa de las tradiciones religiosas, y ponen en tela de juicio los principios renovadores conciliares».

No trato de criticar lo que me dijo ese excelente eclesiástico, sino por el contrario, comprobar un hecho: el de la fuerte presión psicológica ejercida hasta en los mejores por la tendencia conservadora, presión que de buena fe aceptan, sin darse cuenta de que esa tendencia reaccionaria intenta parar el dinamismo de la Iglesia universal.

Pero habría que preguntarse: ¿cuál es esta tendencia? Y tendríamos que constatar que es ese integrismo religioso que calificaba peyorativamente en 1961 el Cardenal Siri, a pesar de ser un gran defensor de todas las tradiciones religiosas, diciendo «la palabra integrismo... significa rigidez, fanatismo en el razonamiento, exageración». O como también decía el moderado Cardenal J. Lefevre, arzobispo de Bourges: «Se debe rechazar firmemente el integrismo por ser incapaz de distinguir... lo que es definitivamente fijo en la doctrina de lo que es susceptible de progreso, o que es todavía de libre discusión entre los teólogos. Llega a querer parar todo progreso, y parece complacerse en condenaciones simplistas, estando inclinados —quienes padecen de este mal— frecuentemente a hacer generalizaciones precipitadas».

Por supuesto que al denominar esta corriente «catolicismo de extrema-derecha» no me estoy refiriendo a los católicos que políticamente son de derechas; sino a un modo particular de comprender la religión católica que, por sus características excesivamente conservadoras de todo lo pasado, se hace propugnador de un inmovilismo casi total y adquiere así este matiz que podríamos llamar de derechas.

Y fue un científico, el sociólogo Jacques Maître, quien hace cinco años en la REVISTA FRANCESA DE SOCIOLOGÍA, lo llamó así, y lo estudió objetivamente por primera vez.

LA alergia a la Iglesia universal y el temor a los cambios del mundo moderno, hace que los afanes de renovación apostólica y el deseo de adaptar los anticuados métodos de enseñanza y educación que pide el Concilio, sean considerados, o denunciados incluso, como un grave peligro del progresismo católico. Quizá nosotros no hemos llegado a unas campañas públicas tan fuertes como las llevadas a cabo por el integrismo francés; pero es evidente que, de manera más oculta, se intenta crear en los altos medios católicos y eclesiásticos, una reacción de prevención, y una sensación profunda de peligro, ante las innovaciones que el mundo católico pide hoy. El Episcopado francés incrimina —en su nota del 27 de junio— a los católicos que, ante esta renovación necesaria, afirman que la enseñanza religiosa está en crisis, la escuela cristiana en peligro, la autoridad personal de cada obispo minada por los organismos colectivos del Episcopado, la primacía del Padre Santo comprometida por la colegialidad, la doctrina social de la Iglesia falseada por el progresismo, y la fe de numerosos clérigos pervertida por errores doctrinales graves... Critican los Movimientos apostólicos y sus métodos, y pretenden llamar a la unión de sacerdotes y fieles para salvar a la Iglesia de la decadencia».

TODO catolicismo de derechas no es igualmente conservador; pero poniendo crudamente al desnudo los factores fundamentales y extremos del integrismo católico, es como veremos lo peligroso y negativo de su labor, por más que se revista de formas suavizadas. Yéndonos al límite extremo estaremos preparados para evitar por contraste sus nocivos defectos, cuando subrepticamente quieren introducirse, pretendiendo impresionar a nuestros altos eclesiásticos, y a los fieles que son más tradicionales y están de buena fe. Hay más gente de la que pensamos dispuestos a aceptar cualquier renovación necesaria y urgente, a pesar de lo que se dice, queriendo hacer como si fuéramos siempre más papistas que el Papa.

La gran psicoanalista norteamericana, Karen Horney, publicó un libro hace veinte años que hoy resulta de total actualidad, porque en forma cruda resume, en su título, una de las fundamentales características de nuestra época, la «Personalidad neurótica de nuestro tiempo».

La inseguridad en que vivimos produce en todos, por reacción, un insistente

y obsesivo deseo de seguridad —más o menos intenso— que tiene todas las características de una neurosis colectiva o de grupo.

Vemos fácilmente lo ridícula que resulta la actitud del que, enfermo obsesivo, se lava repetidamente las manos, queriendo una limpieza absoluta que nunca esté seguro de haber alcanzado; o la escrupulosa recitadora, una y otra vez, de una oración, sin estar satisfecha nunca de haberlo hecho bien. Pero este mecanicismo psicológico —de la neurosis compulsiva— es semejante al de quien, como única tabla de salvación, se ata —vez tras vez— a unas prácticas religiosas infantiles; o a un rígido código moral puramente exterior; o a la ciega obediencia a una estructura jurídica eclesiástica. Ese legalismo minucioso y exteriorista en religión, costumbres o gobierno eclesiástico hace del catolicismo una carga y un fariseísmo, pero no una vida elevadora.

Para ellos Dios es —como lo fue para el pagano Aristóteles y para muchos escolásticos católicos— un motor inmóvil, que, en su frialdad absoluta, no mira sino a la culpabilidad objetiva de los hombres, olvidando que Dios es persona llena de amor para los seres creados. Los más sencillos no hallan —en su afán de seguridad, y ante tantos requisitos y preceptos— más salida que encontrar alivio en el cumplimiento, un poco simple, de unas prácticas externas (escapularios, nueve primeros viernes, o cinco primeros sábados).

Y no es extraño que un religioso montfortiano —el Instituto religioso fundado por el gran propagador de un sincero amor a la Virgen, San Luis M. Montfort— diga que «hay una relación entre el catolicismo de extrema-derecha y el inflacionismo de la devoción mariana, que pretende «atribuir a Nuestra Señora el máximo posible de privilegios». Pero, según este teólogo católico, así no se respeta de verdad el valor humano y religioso de aquella que Lutero y Zwinglio —añado yo— no tuvieron inconveniente en llamar **Madre de Dios**.

No nos chocará ahora que uno de los movimientos integristas franceses —condenado por la Jerarquía— se llame **Acción-Fátima**, y que la revista **Le Monde et la Vie** —reprobada por el Episcopado— propugne como más importante el mensaje de la Virgen de la Salette que la acción del Concilio. Confusión que no realiza el real atractivo de la sencilla Madre de Jesús.

PERO el tema fundamental del integrismo es la ortodoxia. Está desviada corriente religiosa del catolicismo propugna —en sus corrientes más exageradas— toda suerte de medios coercitivos, y —a veces— aún violentos para proteger lo que ellos llaman integridad de la fe. Así están de duelo el ver que hace varios siglos desapareció la Inquisición, y ahora pasan a ser figuras de museo histórico el Tribunal del Santo Oficio y el Índice de Libros Prohibidos. Para ellos casi no existe más pedagogía religiosa que el sistema de excomuniones y condenas.

Sin embargo, la triste paradoja es que ellos mismos han sido víctimas de estos drásticos y negativos procedimientos. Porque, pese a lo que se suele decir, ni son tan seguros doctrinalmente ni están libres de graves errores.

Pío XI excomulgó a los católicos seguidores del partido de la **Action Française**, propugnador de un nacional-catolicismo de corte disciplinario, y defensor siempre del orden más conservador.

Y este mismo Papa hizo renunciar al Cardenalato al máximo luchador contra la herejía modernista —el Padre Billot, autor de la Encíclica de San Pío X **PASCENDI**, que la condenaba—. Y tuvo que renunciar porque incurrió en ese catolicismo de extrema-derecha representado por la **Action Française**.

O Pío XII excomulgó al ex jesuita Padre Leonardo Feeney, en 1953, quien se encontró fuera de la Iglesia —cómica paradoja— por defender sin excepción que quien estuviera fuera de su recinto visible, aun de buena fe, siempre se condenaba.

Y en 1964 la condena por el Primado de Méjico del Movimiento estudiantil **integrista M. U. R. O.**, y de la revista **Brecha Universitaria**; o las recientes del estrafalario **Abbé de Nantes** por el obispo de Troyes; del párroco Louis Coache, que llega a afirmar que hasta las monjas francesas caen en la herejía que condenó Pío X, reprobado por su prelado; del P. de Pauw, en Norteamérica, creador de un movimiento religioso-litúrgico, oponiéndose a la Jerarquía de su país; y ahora la reprobación por los cardenales y arzobispos de Francia de las revistas **Defensa du Foyer**, **Itinéraires** y **Le Monde et la Vie**.

Estas dos últimas tristemente celebradas entre algunos bienintencionados católicos españoles como si fuesen el colmo de la ortodoxia y de la seguridad doctrinal.

LOS obispos de Francia quieren impedir que resurja la célebre sociedad secreta **integrista La Sapinière** —desvelada por el católico Davallón en la **Cronique Sociale de France**—, fundada en 1911, promovida por un Monseñor de la Curia romana, disuelta ya hace muchos años; pero cuyos procedimientos de delación y denuncia, contra cualquier católico avanzado vuelven a surgir. Hace años dio la voz de alarma Monseñor Geurry criticando un libro del inteligente director de **Itinéraires**, Jean Madiran; y entonces apro-

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

vechó la ocasión para añadir que «no quería hablar de los ataques difamatorios —de otros— contra las personas, porque corresponden a otra jurisdicción, y no son dignos de cristianos. Y, en ese sentido, no se puede esperar encontrar informaciones exactas, objetivas y verdaderas en publicaciones de sátira política, profesionales de la difamación, para saber a dónde va la Iglesia de Francia».

No queramos imitar, ni de lejos ni de cerca, entre nosotros este triste ejemplo. Que nuestra minoría religiosamente conservadora no caiga en esta tentación, ni se le ocurra empezar —como en el país gallo— «con audacia en aumento, a refutar los principios de renovación que la Iglesia emprende, y hacerlo en nombre de una pretendida fidelidad al pasado». (Card. y arzobispos de Francia.)

El Padre Perovasfi en su citado trabajo «Maximalismo mariano, y catolicismo de derechas», expone algunas de las principales características de la corriente paralizadora del Concilio, que yo resumiré en cinco puntos, usando sus mismas palabras:

1) Se oponen a toda **evolución religiosa**, haciendo «apelación a la tradición contra la adaptación...», centrándose sobre puntos secundarios: como es la campaña, hecha por ciertos ambientes y revistas de extrema-derecha, por mantener la sotana y el uso del latín». Luchando —como pide un sacerdote integrista argentino— contra «la tendencia a revisar todos los tratados de teología escolástica y tomista, con el pretexto de que se debe tomar contacto con las fuentes, a saber, la Biblia y la enseñanza de los Santos Padres». Añorando una Iglesia triunfalista que mira con nostalgia hacia el pasado, «considerando la Edad Media como la edad de oro de la Iglesia, y por eso usando esta literatura ciertos temas medievales como las guerras por motivos religiosos, el régimen de cristiandad...».

2) Manifestando «la voluntad de salvaguardar el poder de la Iglesia», ... pidiendo el apoyo del Estado para proteger la Iglesia; ... insistiendo sobre el aspecto jerárquico..., en detrimento de su aspecto de pueblo de Dios; ... silenciando demasiado escrupulosamente sus deficiencias; ... marcando un interés especial por las grandes manifestaciones de masa —como romerías, procesiones y concentraciones—; y «buscando todos los medios, con miedo casi visceral, de obtener siempre garantías».

3) Dividiendo el mundo ingenuamente en **buenos y malos**, como si fuese la Historia siempre una ejemplar película del Oeste, que tras mil peripecias vencen los románticos defensores del orden. «La vida de la Iglesia se manifiesta —en este integrismo— alrededor de dos polos: ... los católicos y los malos; y estos últimos engloban —en confusa mezcla— a los judíos, masones, comunistas, protestantes y musulmanes; ... olvidando que el pecado y el bien se encuentran en cada hombre, y su línea de demarcación está en el corazón de cada individuo». Haciendo además gala, contra estos no-católicos, de «una agresividad que procede menos de la reflexión teológica que de un instinto mal controlado». Por eso se pregunta el Padre Perovas: «Aunque se quiere muy sinceramente salvaguardar la Iglesia y su papel tradicional, ¿no se buscará, sin darse cuenta, satisfacer un cierto instinto personal de dominación colectiva? Por eso no es extraño que se combata la libertad religiosa y se añore un Estado de corte medieval en lo religioso».

4) «Desconociendo... la obra intelectual», porque «se rehúsan los caminos psicológicos, a través de los cuales accede la persona a la verdad», y en el fondo no se cree en los valores naturales de la persona humana. No es extraño, por eso, que dos figuras intelectuales, que sirven en esto de inspiración a algunos de ellos, sean los pensadores católicos de Bonald y el conde de Maistre, tan despreciadores de la razón humana.

5) Y, por último, batallando contra «la disminución de la autoridad del Papa y de la Curia romana», que creen ver cercenada en la colegialidad de la Iglesia universal; o su insistencia en una imagen exclusivamente clerical de la Iglesia, a modo de esa pirámide que criticaban Monseñor Grath y Monseñor Edelby en el Concilio. Desean que prevalezca siempre lo jurídico sobre lo caritativo; el frío peso de la ley objetiva sobre la comprensión de la complejidad del acto humano. En una palabra, parece que querrían, sin darse cuenta, el triunfo de una especie de **stalinismo religioso**, cruel y sin entrañas, puramente objetivo, sin atender a los matices del alma humana y la conciencia. Sin apenas conceder excepción, exigen en todo caso una obediencia ciega al superior, aun cuando esté en conflicto la propia conciencia, olvidando que el propio San Ignacio —el gran defensor de esta virtud— dice que se ha de prestar obediencia al que manda «siempre que no le fuerce la obediencia de la verdad conocida», (M. I., Ep. IV, p. 674), que es una superior obediencia a los principios de la conciencia propia, aunque pueda equivocarse de buena fe.

Oigo
ESO
ESTA HECHO
¡Con VETERANO me quedo!

VETERANO
BORNE

The advertisement features a large, stylized illustration of a man in a suit and hat, holding a bottle of beer. A woman is lying down in the foreground, looking towards the viewer. The background is a textured, light-colored surface. The text is arranged in a vertical column, with the brand name 'VETERANO' and 'BORNE' prominently displayed.